

LA ESCRITURA O LO TRÁGICO DE LA TRANSMISIÓN*

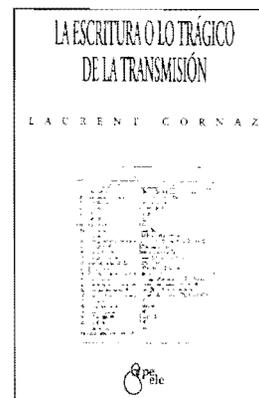
LAURENT CORNAZ

Editorial Psicoanalítica de la Letra, A.C.,
México, 1998.

Traducción: Muriel Varnier.

La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado y trajo consigo... la desilusión. Esto sostenía Freud, en 1915. Como tantos otros pensadores, Freud se pronunciaba así en la época, portavoz de una humanidad confrontada con el fracaso del proyecto que la razón práctica kantiana prometía, cuando constató que el vínculo social mostraba su total impotencia para detener el desencadenamiento del odio entre los hombres y entre los pueblos. Valery, por su parte, sobre los ecos del enunciado con el que Nietzsche recibía el siglo XX, afirmaba al término de la gran catástrofe: *Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales.* Y sin embargo, todavía quedaban nuevos acontecimientos funestos por venir, suficientes para interrumpir de tajo las esperanzas sobre las que aún se resistían a morir los ideales del progreso de la civilización, y que finalmente se hicieron trizas bajo el ruido de fondo de explosiones de bombas atómicas y del derrumbamiento de los muros.

En esta constatación de la marcha de la historia hacia la pérdida de todo fundamento, que según Heidegger signa como destino la época moderna, Laurent Cornaz, psicoanalista y filósofo francés, inscribe la pregunta que despliega a todo lo largo de su texto: “¿Podemos hablar de transmisión en este fin de siglo trágico caracterizado por el entusiasmo, el horror y la desilusión [...] que enardecen el escenario mundial de la historia?”¹. Si bien articula de manera profunda la transmisión con la tarea de



educar —en realidad todo el texto convoca una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de la pedagogía en la época contemporánea— se cuida de advertir, ya de entrada, que la transmisión no es asunto de especialistas. Cada uno de nosotros se halla atrapado en ella, es decir, en una relación que identifica lo humano puesto que nos ata con la verdad: con la muerte y con la inscripción sexual.

En la búsqueda de una aproximación hacia el correcto punto de vista desde el cual abordar la cuestión —una búsqueda en espiral, por cierto— el autor sostiene que toda transmisión lo es de un saber. Un saber que porta, de generación en generación, junto con la vida, el patrimonio cultural, que sólo por un efecto imaginario podemos considerar sin solución de continuidad. Ahí, en ese bache entre las generaciones, en la mortal fragilidad de las mismas, en la rebelión de los hijos contra los padres, nos asalta la angustia: “¿Puede la civilización realmente morir, o la humanidad encontrará siempre nuevas formas de vida y de cultura, en un eterno recomenzar?”².

Ahora bien, ¿cómo responder a este interrogante si el saber se transmite sin que lo sepamos? Cornaz da cuenta aquí de lo esencial del descubrimiento freudiano, de aquello que Freud designó con la palabra inconciente —*l'Unbewusst-* y que Lacan prosiguió con su *l'Une bévue*, subrayando el carácter de acontecimiento y de lenguaje de ciertos

1. Pág. 10.

2. Pág. 14.

hechos que son la expresión más clara de nuestro deseo, en la misma medida en que desconocemos su causa y nos sorprende su absurda apariencia. Con esto el autor afirma el carácter inconsciente de la transmisión. *Discurso del Otro*, dice Lacan para designarlo, y del que pronto reveló su falla para garantizar la permanencia de los valores esenciales de la civilización, la verdad del saber.

Así planteada la falta de garantía en la transmisión para las generaciones más próximas en el pasado y en el futuro, el autor se pregunta si la escritura estaría en capacidad de crear el vínculo que aquella entraña y, sobre la necesaria relación entre una y otra, entre escritura y transmisión, tiende el hilo con el que intenta aprehender el misterioso objeto de esta última. Centra su investigación en tres puntos atravesados todos por una misma contradicción insoluble: desde el surgimiento de los primeros sistemas de escritura en los comienzos de la historia, hasta el formalismo lógico-matemático que abre la vía para las virtualidades informáticas, pasando por el hallazgo de la escritura alfabética, devela que la muerte, la ausencia, se levanta como muro infranqueable de la imagen a la letra. El texto vincula entre sí la muerte, la escritura y la transmisión para mostrar que ésta, al realizar el duelo del objeto, permite que se inscriba la huella de aquello que por no ser del orden de lo escrito puede ser transmitido.

Es que, en efecto, lo trágico de la transmisión reside en el hecho de que los hijos se apropian de lo que para ellos instituye *mundo* una vez que pueden nombrarlo con las palabras de aquel a quien, muerto, reconocen como padre. Pero a esta voz de ultratumba nada en el mundo puede responder: el objeto de la transmisión no tiene imagen. Los ecos de la construcción freudiana de *Tótem y tabú* que hallamos en este pensamiento testimonian que sólo el mito, evento fundador del vínculo social, podrá dar cuenta de aquello que la medida científica y el saber tecnológico niegan: el carácter sacrificial tanto de la escritura como de la transmisión y, más aún, el hecho de que toda transmisión no es sin resto.

Por la vía del mito convertido en fábula, el autor destaca el equívoco necesario de la palabra paterna, por el cual aquello que les está destinado a los hijos en la transmisión recusa de manera inexorable su existencia como objeto. Es este objeto perdido irremediadamente desde siempre la única garantía para que los hijos ingresen al espacio del intercambio. La palabra paterna es el enigma de la palabra y es

como tal que algo del saber no comunicable se transmite. Por esto mismo, la necesidad que rige el destino de la condición humana sitúa en su centro un *fatum*, allí donde la ciencia obtura toda falta entre una causa y un efecto. La transmisión nos es presentada en su radical diferencia con respecto a todo aquello que el término comunicación designa: “en el punto exacto en el que la comunicación fracasa en el equívoco del sentido, la transmisión permite que aquella surja de una palabra nueva por cuanto pasa por la letra, por la otra escena de todas las ‘*unebèvnes*’ ”³.

Establecido de este modo el tiempo inaugural de la transmisión -a partir del sacrificio del objeto-, Cornaz sugiere que, puesto que todo objeto sustituto es en más un signo que convoca la nominación, hay una anterioridad de la lectura con respecto a la escritura: se trata de una lectura que nombra con el signo y que precede a la lectura que descifra con la letra. El paso de la primera a la segunda da cuenta del origen de la escritura. Y bien, del pictograma al alfabeto y de éste a la informática, el autor despliega las tres instituciones de lo escrito como las tres representaciones del saber para un mismo enigma: el enigma insoluble de la transmisión.

De la lectura a la escritura, el signo pierde su función de presentar algo, incluso perdido, para convertirse en puro soporte de la letra, que sólo representa un nombre. La letra manifiesta el significante: lo que queda desligado de su relación con la cosa, es decir, de su significación. Implica, por eso, un trabajo de duelo. Y Cornaz sostiene: “[...] este trabajo es propiamente lo que intentamos definir con el nombre de transmisión”⁴. Efectuar este trabajo equivale a dar a la palabra un estatuto de escrito. Entonces, palabra y escritura se articulan aquí para dar cuenta del intento de garantizar la transmisión del saber, pese a lo irremediable de la muerte. Vana empresa, sin embargo, puesto que la transmisión es del orden de la verdad que ningún saber escribe: “Es el ‘ombbligo de la escritura’, aquello que no pertenece de ninguna manera a la escritura”⁵.

Llegado a este punto destaca cómo ya desde la introducción del alfabeto, que inaugura la escritura del saber, se abrió paso una

3. Pág. 38.

4. Pág. 54.

5. Pág. 125.

ilusión: la de la transmisión sin falta, sostenida en la idea de que el alfabeto lograría superar la diferencia entre la lengua hablada y el texto. Algo a lo que Platón se opone sobre la base de la exclusión de la escritura del saber verdadero, al precio de denegar los alcances que la institución misma de la escritura promovió: que cuando el hombre pudo escribir su saber lector, destituyó a su sujeto, invalidó la palabra de sus antecesores, mató al padre. Porque para Platón, lo escrito no debe emanciparse de su padre, de quien la escritura pretende restituir sus... *diálogos*. Ahora bien, es la generalización de la imprenta y la circulación de los libros un hito que marca el nuevo alcance para lo escrito, signado por la relativización del lugar del Padre, por la multitud y la diversidad de los padres, en fin, por la sustitución del texto fundador por múltiples discursos autorizados y transmitidos.

Un paso más en este recorrido y el autor nos dice cómo la escritura formal, antes de las investigaciones de Frege y de Gödel, había creído posible llegar a la escritura completa del saber. Los nuevos hallazgos constituyeron una nueva fractura para la pretensión de una transmisión sin falla, contra la cual se levanta, una vez más, la escritura informática de nuestro universo ultramoderno. Puesto que esta escritura se reduce a un alfabeto mínimo, a la pura y simple diferencia 0-1, puesto que no conserva ya ningún vínculo preestablecido con ninguna lengua y reduce tanto la lectura como la escritura a una operación de conteo, todo parece indicar que estaríamos ante la posibilidad de que incluso lo indecible pueda ser escrito y, por esa vía, transmitido. La fractura viene en este caso del lado de una constatación tan obvia como definitiva: que el saber no está en la máquina sino que se elabora en el proceso de transmisión, situado necesariamente más acá, aún antes de la escritura del saber.

Aplicando su recorrido al ámbito de la pedagogía, Cornaz sostiene que si bien el proyecto moderno de la educación -identificado con

el que la ciencia pretende realizar- consistiría en consolidar el progreso de la humanidad con la garantía de la transmisión de un saber universal, la unificación y la conclusión de la ciencia en la postmodernidad parece ser un sueño totalitario que la verdadera investigación pone en tela de juicio. Así, lejos de garantizar la transmisión del saber mediante la evidencia de sus demostraciones, el proyecto científico, pese lo que le pese, se confronta cada vez más con lo que está en juego en el drama de la transmisión, para denegarlo. Porque el real de la transmisión no pertenece a la ciencia; sólo mítica-mente puede decirse la verdad que no puede escribirse. Aquello que la transmisión pone esencialmente en juego es la pregunta del sujeto por la verdad, pregunta que el proyecto moderno de educación elude.

Para finalizar, Cornaz sostiene que hoy en día, y puesto que la sociedad rompió amarras con el fundamento, resulta inaccesible e insostenible el real mismo del anudamiento de una generación a otra, del hijo a sus padres. Ante este estado de cosas, aceptando el reproche de no ser capaz de aportar algún proyecto de educación postmoderna y negándose a cuestionar su aspiración a un futuro mejor, el autor nos resume, en un párrafo que vale la pena transcribir, aquello que para él signa el drama de la transmisión en nuestra época: “Antes de la ruptura moderna, los hombres habían intentado remediarlo instituyendo los ritos de una transmisión garantizada por un Padre eterno. Los modernos rechazaron a este Padre, junto con la sumisión que se le debía. Pero no creyeron posible prescindir de él sin imaginar una sociedad de hermanos aún más ordenada, como si tuvieran que probarle a este Padre despedido que se las arreglaban mejor sin él... Y Rousseau no sabía que el verdadero nombre de Emilio es Edipo [...] Pero, ¿lo sabemos nosotros?”⁶.

SYLVIA DE CASTRO
Psicoanalista

6. Pág. 174.